

Guanarteme, de la presencia y auge de casas extranjeras que sirven de impulso a una burguesía local, que se beneficia de licencias, adjudicaciones y concesiones varias.

«El control político de la ciudad» tal como recogen en el último punto, en manos de un Ayuntamiento y de sus concejales; la posibilidad y la oportunidad de provocar en la institución municipal una infraestructura administrativa que aseguraba tanto su dominio caciquil como la gestión, en cuanto intermediarios, de intereses económicos, objetivos de grupos de presión esenciales en la práctica para lograr que la ciudad llenase las funciones necesarias a su auge y desarrollo.

También en este caso, lo que se espera o avizora es un buen presagio para la profundización en uno de los plurales «modelos» de análisis urbano.

* * *

Como síntesis cabría señalar que esta obra, pese a las desigualdades de método, diferencias en la concepción de lo urbano y del urbanismo y concreción en lo que es de hecho dominante en el proceso investigador de los autores, presenta una panorámica del proceso de «modernización» de un conjunto de ciudades españolas, preponderantes de una u otra forma en la trayectoria de crecimiento urbano y modos de vida igualmente urbanos una vez que se superan progresivamente las dominantes y permanentes pautas de vida rural y predominio agrario.

Se observa, además, por su ausencia, la necesidad de complementar visiones, métodos y construcción de hipótesis en conjunción con otras ciencias sociales, cuyo más moderno y experimentado «utillaje» vendría a favorecer lo que todavía no es realidad en la historiografía hispana: la construcción, en una primera síntesis, de una *historia urbana*, resultado del cruce de análisis en que confluyan la «urbanización» y el «urbanismo».

La historiografía dominante continúa reasumiendo como historia global, excepto cuando se opta por abrir las puertas a sociólogos y antropólogos, una historia desde una mentalidad y unas pautas de conducta específicamente tales.

Precisamente por ello se hecha de menos, como se recordaba al principio, un resumen, al menos, de muchas de las ideas, sugerencias, discusiones, etc., planteadas en los coloquios siguientes a la presentación de ponencias. Pese a los problemas y dudas últimamente manifestadas, aquí parece decidirse, si se acomete con seriedad, un futuro halagüeño y productivo para la «historia social».

José Sánchez Jiménez

BREUILLY John, *Nacionalismo y Estado*. Barcelona, Pomares-Corredor, 1990, 444 págs.

La obra de Breuilly debe enmarcarse dentro de la tendencia de crítica al nacionalismo desde posturas progresistas, tendencia que en los últimos años han ilustrado autores como E. Hobsbawm (*Naciones y nacionalismo desde 1780* Barcelona,

Crítica, 1991) o, en España, A. de Blas Guerrero (*Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas*, Madrid, España-Calpe, 1984, y *El nacionalismo* en el t. III de la *Historia de la teoría política*, recopil. Fernando Vallespín, Madrid, Alianza, 1992).

La originalidad y utilidad de este libro radica sobre todo en el hecho de que su autor ha sido capaz de definir el nacionalismo en términos independientes de los que emplean los nacionalistas para autodefinirse. Al trascender la muy ideologizada autodefinición del nacionalismo, John Breuilly ha podido descubrir algunas de las claves más importantes de su acción política. La ideología nacionalista da por sentado que existe la nación como grupo humano naturalmente diferenciado, y que su expresión política debe ser el correspondiente Estado. Presentada como una entidad caracterizada por la diferencia, la nación se convierte en un valor prioritario y su necesidad de independencia (toda diferencia «natural» debe ser diferencia política) debe traducirse en la constitución de un Estado propio. Así, las reivindicaciones políticas del nacionalismo dan a entender que lo sustancial es la nación y que el Estado debe ser un instrumento a su servicio. Por lo tanto la demanda de constituir un estado propio (*nacionalismo político*) no sería para los nacionalistas más que una exigencia derivada del hecho diferencial (*nacionalismo cultural*).

Sin embargo, y a partir de una verificación empírica muy amplia, que abarca el estudio del nacionalismo en casi todas sus variantes, Breuilly define el nacionalismo como un movimiento político que trata de obtener el poder del Estado utilizando como instrumento movilizador la idea de nación. La nación así instrumentada, se basaría en cualquier diferencia colectiva existente o imaginada (lengua, raza, origen o color de la piel) a la que se le da una significación política que no tuvo en el pasado. La novedad del nacionalismo ha consistido en convertir a grupos humanos culturalmente diferenciados en grupos políticos (...) «los nacionalistas emplean la noción de diferencia para agrupar políticamente sus fuerzas» (pág. 5) Así, en lugar de ser el Estado la expresión de la nacionalidad, como proclama el nacionalismo, es la idea de grupo diferencial nacional la que sirve de instrumento para la conquista del Estado. El verdadero sujeto de esta acción política nacionalista es para el autor una élite en busca del poder político del Estado, y que, para conseguir este objetivo, utiliza la plataforma del nacionalismo cultural como elemento de presión, aglutinante social y propaganda ideológica. A medida que el poder económico del Estado ha ido aumentando con el Estado de bienestar, la posesión del Estado se ha convertido en un objetivo político en sí mismo, incluso al margen de los intereses de clase, y ésta es una de las explicaciones de por qué la burguesía, que en un principio vió con simpatía el nacimiento de los partidos nacionalistas, pierde muy pronto su control¹. Así es como el objetivo real

¹ En los orígenes el nacionalismo fue mucho más una argumentación contrarrevolucionaria al servicio de los sectores más conservadores de la sociedad (aristocracia antiliberal) que un elemento movilizador. La idea nacionalista será empleada por el tradicionalismo contra el liberalismo (p. 264) y contra la legitimación de los partidos y más tarde, por la burguesía conservadora contra los partidos de clase. El autor tampoco olvida que el nacionalismo, con su retórica de solidaridad nacional frente a lucha de clases fué la columna vertebral de la ideología fascista. Pero en la postguerra y a medida que el papel movilizador se hacía más impor-

de los partidos nacionalistas puede ser en buena medida pura y simplemente el «sistema de despojos» con la corrupción implícita en tal sistema².

La práctica política del nacionalismo como modo de obtención del poder es analizada ampliamente por el autor en una gran diversidad de casos: los nacionalismos de separación y de unificación en la Europa del siglo XIX, el nacionalismo fascista, el nacionalismo como reacción modernizadora en China, Turquía y Japón, el nacionalismo anticolonial, el nacionalismo como retórica antiimperialista (Nasser)³, el nacionalismo separatista del siglo XX en los países desarrollados, poniéndose de relieve el importante papel que en ellos tiene la ambición de poder de las élites, en especial las élites profesionales y los intelectuales, factores clave en la movilización nacionalista. Breuilly ha prestado una atención, a nuestro juicio demasiado exclusiva, al nacionalismo como técnica de conquista del poder, y por lo tanto como ideología de los grupos que aún no lo detentan. Olvida, quizá, que la ideología nacionalista sirve también para conservar el poder marginando a la oposición con el calificativo de antinacional.

Breuilly indaga también los orígenes reaccionarios de la ideología nacionalista como forma de oposición al enciclopedismo ilustrado y a la Revolución Francesa. Pero quizá lo más interesante de su obra esté en el análisis ideológico de la definición de nación tal como es entendida por los propios nacionalistas. El liberalismo había hecho de la nación el sujeto de la soberanía, había reivindicado para sus miembros una serie de derechos de carácter universal y consideraba que la sociedad era un conjunto de individuos libres, sin más coerción social que la que señala la ley. Este concepto liberal de nación (*nacionalismo político*) no implicaba la reivindicación de elementos diferenciales y basaba sus demandas en la voluntad de los ciudadanos libremente expresada (es decir basaba la nacionalidad en el ejercicio de la soberanía entendida democráticamente como la voluntad colectiva). Por el contrario el nacionalismo reaccionario partía de una definición cultural de la nación como entidad humana naturalmente diferenciada (*nacionalismo cultural*). Si la colectividad no se basaba en un contrato, sino que tenía un carácter natural, ninguna de las instituciones que representan la soberanía como voluntad de los gobernados podía tener sentido, ya que las asociaciones naturales tienen el mismo carácter necesario que la asociación de abejas que da lugar a un

tante, el movimiento nacionalista tendía a hacerse más autónomo y las élites nacionalistas (reclutadas por lo demás entre la burguesía) tendían a convertirse en una clase política al servicio de sí misma. Esto se pone de manifiesto cada vez que se plantea la opción entre radicalizar el mensaje nacionalista en detrimento del equilibrio económico y social o moderarlo a costa de perder votos. Por otra parte, tal como hace notar Breuilly, un partido nacionalista no puede ser «apagado y encendido a conveniencia, como si fuera una bombilla».

² Para una ilustración sobre la politización de la función pública en el caso vasco vid. CORCUERA ATIENZA, Javier, *Política y derecho. La construcción de la autonomía vasca*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991, pp. 197 y ss.

³ El problema de la retórica antiimperialista no radica en que denuncie un imperialismo verdadero, sino en que utiliza esta denuncia para ocultar responsabilidades que no por internas son menos ciertas.

panal. Pero sobre todo la insistencia del nacionalismo cultural en la diferencia del grupo tiene muy graves implicaciones antidemocráticas. La identidad como factor diferencial implica un grupo humano diferenciado de los demás y por esto mismo formado de individuos idealmente homogéneos (tendríamos así una comunidad diferenciada de individuos indiferenciados, es decir que no pueden definirse como verdaderos individuos, sino como miembros del grupo social con un «alma común» o «espíritu del pueblo» en el que los valores y el pensamiento mismo están determinados por el grupo⁴). Por tanto existe un abismo entre lo que se ha llamado nacionalismo liberal que se guía por los valores de la igualdad y la universalidad (nacionalismo político) y el nacionalismo reaccionario o de la identidad que reivindica la diferencia respecto a otras naciones y la homogeneidad cultural interna (*nacionalismo cultural*)⁵.

Una política nacionalista consecuente con esta definición de la nacionalidad como pertenencia a un grupo naturalmente diferenciado, fue la que aplicó el fascismo al intentar configurar a los individuos y a la sociedad como un todo holístico en el que, cuanto mayor era la diferencia que se reivindicaba para el grupo nacional, menor la que se le permitía al individuo dentro del grupo. Y es que el nacionalismo cultural parte de una definición de grupo humano concorde con el concepto antiliberal, antiindividualista y romántico de comunidad, en la que los rasgos del individuo son usurpados por la nación⁶.

Breuilly hace notar que los nacionalismos separatistas del mundo desarrollado actual y los nacionalismos del siglo xx en general mezclan incoherentemente criterios democráticos y antidemocráticos en su definición de la nacionalidad, lo que es típico del sincretismo político del que se nutren. Así «la ideología nacionalista opera con (...) nociones mutuamente incompatibles, pero que, si no se las examina adecuadamente, resultan poderosamente persuasivas» (...) «en primer lugar está la noción de la comunidad nacional única... como una sociedad que debería disponer de su propio estado» (...) «finalmente se piensa la nación como un cuerpo de ciudadanos —es decir como un concepto totalmente político» y se justifica la autodeterminación en términos de principios políticos universales (ejercicio de la soberanía o autodeterminación)⁷. La ideología nacionalista jamás esta-

⁴ Vid la argumentación lingüística de Herder para quien «las lenguas son únicas... no simplemente porque sean una forma particular de expresar valores universales, sino más bien la manifestación de valores e ideas únicas» (BREULLY, p. 355) De ahí que el autor se plantee el nacionalismo como «una mezcla bastante turbia de ideas sobre la identidad cultural y libertad individual». (p. 392).

⁵ En la lógica nacionalista la pertenencia a una nación significa la exclusión automática de las opciones políticas no nacionalistas, lógica que ningún verdadero demócrata puede aceptar, por cuanto implica una inadmisibles reducción de su libertad ideológica individual y de su posibilidad de elección.

⁶ Esta usurpación permite comprender cómo España podía ser libre (tal como lo proclamaban las monedas) mientras los españoles no lo eran.

⁷ Así, la Europa democrática puede admitir la autodeterminación en Croacia o en Estonia pensando que se trata del mero ejercicio de un derecho democrático. Algo más tarde esta mis-

blece una conexión racional entre el concepto cultural y el político de la nación, debido a que no es posible establecerla» (en lugar de esto realiza) «un acto de prestidigitación que depende de utilizar el término nación en formas diferentes» (pág. 360).

No podía faltar finalmente un intento de explicación del éxito obtenido por las ideologías nacionalistas. Breuilly hace un repaso crítico de las diversas hipótesis explicativas. En primer lugar el papel de los diversos grupos sociales en la promoción del nacionalismo. Así, el nacionalismo polaco y húngaro son interpretados como casos de reacción nobiliaria al acrecentamiento del poder monárquico y a las tendencias uniformadoras del despotismo ilustrado. El papel de la gran burguesía aparece minimizado, quizá aquí Breuilly se ha dejado guiar por el ejemplo de los nacionalismos actuales. Sin embargo es innegable que durante mucho tiempo la gran burguesía conservadora vió con agrado la difusión del mensaje nacionalista, porque la idea de solidaridad nacional era el mejor antídoto contra la idea de solidaridad de clase. También el papel de la pequeña burguesía amenazada por el proceso modernizador aparece disminuído, cuando en el caso del boulangismo y de los nacionalismos antisemitas y anticapitalistas en la Europa finisecular este grupo desempeñó un papel de innegable importancia. Entre las élites que promueven el nacionalismo Breuilly concede, a nuestro juicio con razón, un papel relevante a los profesionales e intelectuales, primeros impulsores de la ideología nacionalista y principales beneficiarios de la obtención del poder del Estado.

Pero todo el problema no consiste en saber por qué y quiénes promueven la ideología, sino también por qué ésta encuentra eco más allá de las élites. La explicación aportada por el autor nos parece especialmente convincente. La reacción del hombre medio ante una modernización creciente y una competencia implacable que tiende a primar el mérito individual, es la de buscar la seguridad psicológica no en su propia identidad personal, sino en la identidad del grupo. Por otra parte para que la ideología nacionalista llegue a las masas es preciso transformarla mediante la simplificación (recurso a los estereotipos nacionales), la repetición (que acaba por neutralizar la crítica) y la concreción (en forma de símbolos o iconografía folklórica de lo nacional). Para Breuilly la simbología nacionalista debe su efectividad al hecho de que el símbolo exhibido y al que se rinde culto (la bandera o el icono folklórico) es la colectividad misma. A diferencia de lo que ocurre en las religiones trascendentes, el objeto de adoración y los adoradores son la misma cosa; lo que se está pidiendo a la colectividad es que se «celebre a sí misma», que celebre a la vez la unidad espiritual del grupo y la excelencia del mismo. Desde que el sacerdote se transforma en divinidad todos los sacrificios le parecen cautivadores.

Juan Olabarria Agra

ma Europa se entera de que las minorías han sido excluidas del proceso electoral o expulsadas del territorio y lo que se presentaba como ejercicio libre de la soberanía resulta ser «limpieza étnica». Es el resultado de un trágico equívoco que ha atribuido al nacionalismo cultural unos rasgos democráticos que su propia definición ideológica excluía de antemano.